

MIENTRAS, SOLA
(Paisaje de una soledad)

Isabel Pavón Vergara

Hoy viernes, antes de que las nubes comenzasen a hacer sombra como la copa de los árboles, fui al mercadillo de “Usados”. He comprado un libro de poemas. El vendedor era rubio y tenía la expresión de un ángel bello, pero con mirada triste de pintura al óleo. Sus ojos azules, un poco curvados hacia abajo. La nariz pequeña. Los labios finos, sin perfilar. Forzó una enorme sonrisa que no dejó de parecerme fría para venderme un lote de tres por el precio de dos, pero no acepté y compré “Tiempo de Arena”. Su autora, Carmen Ramos, es de mi tierra. ¡Cuánto me hubiese gustado ser poeta!

Observo que su antiguo dueño le arrancó de un tajo la primera página, quizás la dedicatoria. Luego vendió esa colección de sentimientos por dinero.

Con dulce melancolía leo sola mientras tomo un café sorbo a sorbo en esta cafetería llena de gente. Una esquina de la página 27 se dobla hacia el interior en reverencia, dice:

AGUA PÁLIDA SIN RUMBO

“En ese río
de plata enmohecida,
en ese vacío de agua
de cauce milenario,

quedarán escritas para siempre
los destellos de luna pálida,
las voces quebradas de los verdes juncos
que ahora amarillean,
el frescor de las noches que se fueron
envueltas en las madrugadas,
de sábanas blancas,
de sueños sin rumbo,
de voces sin palabras”.

Hasta aquí llegó su primer patrón, pienso. A partir de ahora recobro el placer de rescatar las siguientes, esas que no se leyeron; y el libro vuelve a ser nuevo para mí.

Me doy cuenta de que los días plomizos y húmedos hacen grises las miradas de la gente que me observa fijamente con ojos insertados en cuerpos anónimos que, al entrar o salir del local, curiosean mis sentires.

Fuera la lluvia emborrona el paisaje de cemento. Un pájaro suelto descansa posado en el bordillo de la acera, harto de buscar refugio. Los coches circulan olvidando los semáforos, salpican sin compasión a cualquier transeúnte que se le cruce en el camino o pare junto a un charco.

El agua, suavemente astuta, va puliendo el asfalto por los ribazos que se deja acariciar por esos riachuelos que desembocan en las alcantarillas de labios abiertos, como indetenibles bocas glotonas preparadas para tragar el naufragio.

Alguien tropieza con mi mesa; una voz con acento extranjero se disculpa y descubro enganchada mi mirada en la dulce imagen de un superman humanizado, o sea, de los que no vuelan pero caminan que da gusto verlos. “Coto privado”, me dice el gesto de su acompañante. Por un momento creí que yo era, quien no era... y me quedé de nuevo sola, enredada en el murmullo de conversaciones incomprensibles y el vaho de la sala que adormecía el ambiente.

Escapo de esta ridícula escena y camino de regreso a casa bajo el aguacero de este viernes que se ha puesto del lado de la inclemencia y no acaba de encajar en mi semana.

Todos huyen del agua en un revuelo. Las madres cogen en brazos a sus hijos para evitar que se mojen. Durante la estampida noto un pellizco en el trasero. Respondo con descaro. Dicen que desde los satélites puede verse hasta un tornillo en mitad del campo, haber si encuentran pronto el de este idiota que no sólo pierde tornillos sino también el tiempo. Me sigue durante un par de calles. Le planto cara. Se aparta. No era tan ogro el ogro.

Antes de entrar al portal, una bolsa de basura cruza el aire directa hacia el contenedor. Son las ventajas de vivir en el primero. Ya en casa, al abrir, me aguardaba otra lluvia, esta vez en forma de gotas de silencio. Comprobé que las puertas de las habitaciones estuviesen abiertas, como a mí me gusta. Puse un poco de fragancia de alhucema en el perfumero y el casete con sonos de ambiente marino para tomar una copa fría de Málaga Virgen.

Dirijo la mirada hacia la ventana. Una gota de lluvia se deja ir cristal abajo; otras muchas la acompañan. Se me antojan dedos que acarician o lamen una piel sedosa, blanca y transparente. Hay pieles de cristal y ésta precisamente duerme (El cristal duerme cuando cierra sus miradores y se aísla ocultando sus profundidades en la intimidad).

Me descalzo. La noche ha caído y sólo me comprenden mis peces de colores; mi tortuga muda y verde; mi tímida canaria, que se esconde bajo el ala para no verme. Y el gato de angora ronronea al pasar una y otra vez entre mis húmedas piernas.

La infancia tiene un desván donde me derrumbo cuando estoy así. Un día de soledad es la soledad de muchas horas. Confieso que, a veces, creo que la niñez se agarró a mi trenza y no quiere soltarse. El pasado ahora es quien con desdén comienza a tomarme el pulso. Me hace mirar por sus ojos y comienza a ahondar con sus cimbreadas preguntas para que dude sobre si aquella niña insegura que fui se superó a sí misma.

Soy transportada a la playa donde solía ir. Atrapo arena e imagino que son promesas. Sufro al comprobar como se escapan entre los dedos y se las lleva el agua. Es curiosa la facilidad con la que se abren las heridas que pensábamos cicatrizadas. Me he comparado muchas veces con la paloma de Alberti, robada por Serrat, que tanto se equivocaba. Quizás debí dejarme moldear mejor en el alfar de la vida o haber nacido roca ante el dolor.

A trazos suspiro y hablo en voz alta con mi lejana inocencia para recitarle unos versos de libro: “Volveré a vivir un día de estos y te explicaré por qué me alejé sin palabras”.

El gato maúlla, parece contestar a mi conversación de esquirlas solitaria.